

En torno a la espacialidad: los espacios del libro y la lectura

SERGI SERRA ADSUARA
UNIVERSITAT JAUME I

Recibido: 12 de septiembre de 2018

Aceptado: 14 de octubre de 2018

Abstract: In the last decades there has been a growing interest in the study of *spatiality*. This term has been imbued with the varied “adhesions” of meaning coming from different disciplines. Despite these multiple perspectives, a socioconstructivist view converges on spatiality. This view considers that a place is conceived as a human formation generated through the osmosis that each space has established with the people who inhabit it. Particularly, this essay visits libraries, eminently cultural places that have historically exerted a deep fascination due to their ability to project multiple layers of interpretation on the community they are in dialogue with. In this sense, the notion of *heterotopia* helps us to check the semiotic density that book spaces activate. Thus, we examine the multiple ways of perceiving the places where books are located in order to reflect on the tensions that each society maintains when selecting its written heritage.

Key words: Spatiality, socioconstructivism, library, heterotopia, places of tension.

Resumen: En las últimas décadas se ha producido un creciente interés por el estudio de la *espacialidad*. Este término se ha impregnado de las variadas adherencias de significado con las cuales lo han enriquecido diferentes disciplinas del conocimiento. A pesar de esta multiplicidad de perspectivas, converge sobre la espacialidad una mirada socioconstructivista según la cual un lugar se concibe como una formación humana generada a través de la ósmosis que cada espacio ha establecido con las personas que lo habitan. Particularmente, este trabajo visita las bibliotecas, lugares eminentemente culturales que han ejercido históricamente una fascinación profunda debido a su capacidad para proyectar diferentes niveles interpretativos sobre la comunidad con la cual dialogan. Es en este sentido que la noción de *heterotopía* nos ayuda a comprobar la densidad semiótica que los espacios de los libros activan. Así pues, examinamos las diversas maneras de percibir los lugares de los libros con el objetivo de reflexionar sobre las tensiones que cada sociedad mantiene con la selección de su patrimonio escrito.

Palabras clave: Espacialidad, socioconstructivismo, biblioteca, heterotopía, lugares de tensión.

1. Introducción¹

En las últimas décadas se ha venido hablando del *giro espacial* para referirse a un cambio de perspectiva en diferentes áreas del conocimiento que han abordado el tratamiento del espacio. La *espacialidad* alude a una concepción del lugar entendido como una construcción social sedimentada por las actuaciones y los discursos que los miembros de la colectividad han depositado en él. Esta idea conlleva un cambio en los centros de interés de disciplinas como la antropología, la filosofía, la sociología, la arquitectura urbanística o la literatura. De hecho el estudio del espacio transita por zonas de intersección entre distintas esferas del saber que comparten este planteamiento socio-constructivista. Es así como el acercamiento al espacio desborda su carácter eminentemente material para atender a las impregnaciones que los lugares supuran a causa de las actividades humanas que allí se han llevado a cabo.

En los años sesenta, Michel Foucault advertía de la oportunidad de emprender un giro espacial que provocara un viraje epistemológico con el cual desplazar el eje cronológico de la historia hacia el eje del espacio, hasta entonces descuidado. Sin voluntad de sistematicidad, el autor francés toma prestado el término *heterotopía* de la medicina —desviación de un órgano o tejido de su posición habitual— para referirse a unos lugares que, siendo reales, neutralizan, contradicen o impugnan la serie de relaciones que acontecen en el resto espacios. Foucault describe esos *espacios otros* por su virtualidad de desbordar la construcción física y funcional del lugar que ocupan, para convertirse en algo más que un mero espacio empírico. Por ello, algunos espacios tan dispares como las ferias, los burdeles, los cementerios, los claustros, los barcos o las bibliotecas son ejemplos de heterotopías, ya sean estas de crisis o de desviación.

A diferencia de las utopías y las distopías, las heterotopías no son proyecciones de sociedades orgánicas con las que impulsar horizontes de ilusiones ideológicas ni tampoco buscan alertar de las incipientes tendencias peligrosas hacia donde apunta una comunidad, sino que devienen contralugares, es decir, anormalidades reales que conviven en tensión con el resto de espacios de la definida rutina cotidiana. Tampoco habría que confundirlos con los *no lugares* de la postmoder-

¹ Este artículo es el resultado de una intensa transformación de algunos contenidos del capítulo “La construcción dels espais de la bibliofilia” (301-317), que forma parte de la tesis doctoral *L'assaig seriat de Joan F. Mira: anàlisi pragmaestilística i virtualitats per a l'educació discursiva*, defendida por Sergi Serra Adsuara.

nidad puesto que el individuo que visita una heterotopía mantiene su identidad en ese lugar, conservando su idiosincrasia a pesar de poder transgredirla; mientras que el no lugar suspende la socialización porque su función prioritaria es la transitoriedad de individuos que solo comparten momentáneamente su anonimato en espacios estéticamente intercambiables.

No obstante, resulta complejo acotar la noción de heterotopía puesto que el binarismo dicotómico que expone Foucault —seguidor heterodoxo del estructuralismo de Lévi-Strauss— es difícil de encajar en la porosidad de las prácticas sociales que son predominantes en nuestras sociedades. Por ello, sería más realista aludir a la existencia de espacios heterotópicos *para* algunos grupos, o bien de heterotopías *en relación a* determinadas funciones (García Alonso 334). La dificultad a la hora de cotejar el concepto con la realidad nos conduce a preferir hablar de lugares que destacan por mostrar una tensión especial respecto a los cambiantes parámetros de exclusión que prescriben los grupos sociales dominantes. Como veremos, las bibliotecas son un ejemplo paradigmático de estos espacios de tensión debido a los valores emblemáticos que históricamente han irradiado.

2. Bibliotecas y heterocronías

Los museos y las bibliotecas son lugares en los que el tiempo se arracima por la acumulación de obras de las variadas épocas y estéticas que allí se alojan. El contrapunto a la concentración temporal que caracteriza las bibliotecas y los museos es el recinto ferial puesto que proyecta lo puramente efímero, la fugaz ilusión del entretenimiento momentáneo. Las heterocronías representadas por las bibliotecas condensan, pues, el tiempo por el hecho de albergar documentos de cualquier periodo, pertenecientes a estilos antagónicos y dogmas irreconciliables. Por tanto, el ámbito de los libros y la lectura encarna una de las paradojas de las heterotopías: conseguir hacer converger tiempos diversos en un habitáculo inmóvil. En este sentido hay que recordar que el optimismo de la modernidad mostró una fe inquebrantable en alcanzar una comprensión absoluta de la realidad. La esperanza de la modernidad, que los románticos sublimaron, consistió en unificar la totalidad, incluso los contrarios como ideal de unicidad absoluta.

El cuento clásico *La biblioteca de Babel* ilustra la concepción de la biblioteca como una eternidad en la que se organiza lo absoluto. Borges describe una biblioteca que abarca todo el universo a través de una red laberíntica que desorienta a los lectores por la falta de referencias

locativas, dando como resultado una disposición fractal de su arquitectura *ad infinitum*. El escritor argentino construye un inmenso emplazamiento que se convierte en un espacio de memoria y eternidad por el hecho de almacenar los libros de todas las épocas, de todos los escritores, de todas las lenguas.

El culto a las bibliotecas y a los libros que contienen proviene de la sugestión que la escritura ha suscitado desde que el ser humano comenzó a gestionar tanto las obligaciones administrativas como las motivaciones culturales por medio de la recopilación de datos en toda clase de soportes textuales: desde la tablilla de arcilla hasta el dispositivo electrónico pasando por el rollo de papiro y el cuaderno de pergamino. Como consecuencia de la aparición de la escritura, muy pronto se disponen estancias donde depositar los documentos escritos, con lo cual se da paso a la fundación de las primeras protobibliotecas en Nínive, bajo el mandato Assurbanipal en el siglo VII a. C. Desde entonces la diversidad tipológica de las bibliotecas ha sido enorme ya que cada periodo histórico ha generado una clase de relación entre la colectividad y su cultura, siendo la biblioteca una excrecencia fidedigna. Efectivamente, desde la mítica biblioteca de Babel, la del Liceo aristotélico, las de los monasterios medievales, las principescas renacentistas, las privadas del *honnête homme*, las nacionales de los estados modernos... hasta las virtuales contemporáneas, la catalogación plural de los lugares de los libros demuestra la variada manera de entender la ósmosis entre el conocimiento y la sociedad.

A pesar de esta diversidad de formatos y usos, han perpetuado un aura de prestigio debido a los diferentes niveles de interpretación que son capaces de proyectar. En este sentido, la biblioteca es un extraordinario punto de encuentro de las dimensiones real, imaginaria y simbólica que expone el estructuralismo de Lévi-Strauss porque acoge respectivamente la dimensión puramente física, los valores conceptuales que los estamentos sociales de cada época han reflejado en ella y una producción de sentido simbólico que, gracias a los documentos que alberga, fluctúa de manera muy variable entre los niveles real e imaginario. La convergencia de estos niveles interpretativos en un espacio delimitado ha sido un polo de atracción para variados sectores sociales. Así, los espacios de los libros son un paradigma de los lugares que acogen significados y valores que exceden su estricta materialidad locativa.

Desde una distribución semejante, Henry Lefebvre (219-229) plantea la convivencia de tres esferas de significado dentro de los espacios.

Por un lado, las *pratiques spatiales*, que crean el *espacio percibido* (*perçu*) de la vida cotidiana con su prosaico uso funcional. Por otro, los *espacios de representación* o lugares que se viven (*vécu*) a través de un entramado de símbolos que consiguen superar emotivamente —gracias a la fuerza vitalista que desprenden— la concepción rutinaria con que se transita por el lugar. De esta manera, al espacio físico se le superpone una red de discursos que alientan un imaginario vinculado a la emotividad y la imaginación. Y, contra estas percepciones, ejercen una fuerte presión las *representaciones del espacio*, que le imponen una noción (*conçu*) dictaminada por las ideologías tecnócratas. Esta concepción trabaja para ocultar las otras dos con el objetivo de organizar el espacio a través de un pensamiento hegemónico que selle los intersticios abiertos por el resto de discursos.

3. Entre el prestigio y el poder

No es extraño que el poder haya visto con interesado recelo tanto el imaginario que desprenden los lugares de los libros como a los descodificadores de los textos, que gozaban de un acreditado prestigio social por ser los únicos que tenían las claves para descifrar una información política y religiosa que resultaba absolutamente críptica para la gran mayoría de la población. Al hilo de esto cabría preguntarse si aún hoy en día no existen gremios profesionales que han hecho perdurar ese halo de respeto hacía su labor, en buena medida gracias a vehicular sus discursos con un registro lingüístico que resulta arcano para sus clientes o pacientes.

Por lo que respecta al vínculo entre los libros y el poder, la biblioteca de Alejandría ha mantenido un carácter mítico en el imaginario colectivo occidental desde que los reyes ptolemaicos decidieron proyectar su supremacía cultural sobre el resto de la zona mediterránea durante los siglos IV a I a. C. La saga ptolemaica fundó y mantuvo una biblioteca que albergó buena parte del saber escrito de la Antigüedad con el objetivo de, por un lado, utilizarlo en su acción de gobierno y, por otro, comprender mejor la idiosincrasia de los nuevos súbditos provenientes de los pueblos que conquistaban. Por citar un dato significativo a este respecto, Ptolomeo II Filadelfo ordenó la primera traducción del Antiguo Testamento al griego (s. III a. C.) como muestra de respeto a la religión judía.

Además, los anaqueles que contenían los volúmenes anexados al *Mouseion* permitieron atraer hacía Alejandría a una comunidad de sabios que aportaron dinamismo intelectual a la ciudad fundada por Ale-

jandro Magno (Canfora). Ciertamente, el estudio de la localización de las bibliotecas nos da una clave de interpretación para discernir cómo las cúpulas de la sociedad manejan las relaciones con los archivos de la cultura. En concreto, durante la época helenística, en la que se funda y crece la biblioteca de Alejandría, se inicia una etapa atípica de policentrismo cultural, que se refleja en la construcción de otras bibliotecas en Pérgamo, Atenas y Antioquía. Esta conexión nos reafirma en la analogía borgiana entre el universo y ese otro mundo que son las bibliotecas. Efectivamente, los catálogos de nuestras bibliotecas contemporáneas son un espejo de esta identificación puesto que pueden contener títulos de la mayor parte de zonas del planeta, una circunstancia impensable hasta finales del siglo XIX, cuando la literatura occidental empieza no sólo a introducir personajes de latitudes foráneas sino, por primera vez, a considerar tímidamente las obras realizadas por la alteridad cultural e idiomática. No obstante, la rigidez del canon occidental debiera abrirse para incluir las obras de calidad de sectores *minorizados* en lo que hace referencia al género, la etnia, la nacionalidad, la lengua... superando así el etnocentrismo que aún hoy impera.

Al igual que hemos visto con la legendaria de Alejandría, otras bibliotecas se han edificado como símbolo de alguna autoridad. Tanto es así que muchas de estas construcciones se han erigido alrededor de los grandes centros de poder, ya sean palacios gubernamentales, templos religiosos o instituciones académicas, con la finalidad de prescribir, respectivamente, una ideología, una conducta dogmática o un currículum educativo. Es lo que ocurre con las bibliotecas nacionales de los estados modernos, donde se superponen los niveles interpretativos expuestos por Lefebvre: por una parte, la concepción ideológica del proyecto político del estado que domina el emplazamiento y, por otra, el imaginario que emana de los libros del catálogo. Podemos recordar que la planificación política bajo el gobierno de François Mitterrand decidió que la Biblioteca Nacional de Francia ocupara el lugar donde, unas décadas antes, la administración colaboracionista con el nazismo amontonaba las pertenencias usurpadas a los ciudadanos judíos antes de deportarlos a los campos de exterminio. Por lo que se refiere a la ubicación, la *Bibliothèque nationale*, más que dejar memoria del pasado, borra la acción política de unas actuaciones que son un peso vergonzante para la conciencia de la *grandeur* de la República.

Pero también la destrucción es una prueba de los intentos atávicos por parte de la política de imponer una representación hegemónica de la cultura. La devastación concienzuda tanto de los edificios emblemá-

ticos como de sus fondos prueba la conexión entre las bibliotecas y la imposición de un discurso autoritario, que se radicaliza en tiempos de hostilidades. La destrucción de la biblioteca de Sarajevo ilustra trágicamente esa voluntad. El hecho que Vijecnica, la biblioteca de la capital bosnia, fuera un símbolo de interculturalidad bibliográfica y arquitectónica impulsó al ejército serbio a quemarla durante el asedio a la ciudad del año 1992. La paradoja surge cuando conocemos que quien alentó el disparo de los proyectiles de fósforo contra el edificio fue un profesor universitario especialista en literatura y usuario habitual del lugar antes de las confrontaciones. Aunque con dimensiones diferentes, la construcción de la Biblioteca Nacional de París y la destrucción de Vijecnica pasan a ser operaciones pensadas para irradiar o anular visiones ideológicas, ya que son el corolario de una finalidad patriótica que las ha concebido desde la fría estrategia de los despachos. La técnica constructiva o aniquiladora llevada a cabo sirve para implantar una perspectiva simbólica que se impone al conjunto de la comunidad.

Como contrapunto, la vivencia de los *espacios de representación* se incrementa mediante los discursos que sobre las bibliotecas o sus libros se van generando. Así, tanto en películas como *El cielo sobre Berlín* con la sensible mirada del ángel paseando entre los concentrados lectores de la luminosa Biblioteca Estatal, como en la elegía que Charles Bukowski dedica a la Biblioteca de Los Ángeles —lugar que fue un refugio en su particular senda del perdedor—, las creaciones artísticas han infundido un halo poético a estos lugares. O bien, por apuntar otros casos desde estilos bien distantes, solo hay que recordar la fantasía de regusto gótico que recorre las estancias que ocultan los misteriosos libros en los relatos de Lovecraft. Y, durante las primeras décadas del siglo XXI, la fascinación que ha ejercido especialmente entre los lectores más jóvenes la colección Harry Potter, *bestseller* global capaz de convertir la biblioteca portuense *Lello* en una atracción turística, donde actualmente se agolpan las colas de turistas para contemplar las escaleras en las que parece ser que se inspiró la autora para describir la biblioteca de Howgarts.

La textualización vivifica estos lugares por el impulso que ejerce el marco simbólico derivado de las descripciones que los escritores y los cineastas han realizado de ellos. Sobre este aspecto, cabe recordar los estudios de Mijaíl Bajtín, que defiende la existencia de un intercambio dialógico entre la realidad y la imagen modelada que nos hacemos de la misma a través de ciertas obras literarias. De hecho, Bajtín resalta la habilidad de determinados autores que son capaces de reflejar en sus

descripciones la cosmovisión de una época con el acierto añadido de trasladar matices de significado que acaban dibujando un imaginario sobre el lugar, que se retroalimentará con cada nueva aportación literaria.

4. Las miradas de algunos bibliófilos

La aparición de los espacios de los libros es recurrente en la obra del antropólogo, ensayista y novelista Joan Francesc Mira, intelectual de profundas convicciones humanistas que, especialmente en sus artículos ensayísticos, recuerda sus visitas a determinadas bibliotecas. Resiguiendo estos ensayos periodísticos (Serra), Mira ofrece a los lectores enriquecedoras reflexiones sobre estos espacios desde el punto de vista de un bibliófilo, de manera que un espacio puramente percibido se va convirtiendo en un espacio representado. La transformación se vehicula a través de la textualización que el autor efectúa de sus visitas cuando devienen literatura ensayística, debido a que la fuerza distintiva de la literatura consigue aportar al referente descrito unas adherencias emotivas y culturales que revisten el emplazamiento de una potencia simbólica, con la que el yo discursivo vive el espacio con una orgullosa satisfacción que va más allá de la simple funcionalidad aséptica (Mira, “Llibres”, párr. 1):

O com a la biblioteca de la Universitat de Princeton, que és com una catedral amb quatre o cinc pisos i tres sotanos, on jo tenia un “cubicle” personal, i quilòmetres de estanterías a lliure disposició: el dos sotanos d’història i ciències socials, més d’un milió de llibres tots per a mi.

Asimismo, la custodia de la memoria colectiva que los volúmenes más prestigiosos de las bibliotecas cobijan por dar soporte al sedimento del tiempo, nos conduce sin duda a una derivada interesante: las condiciones de acceso a estos edificios institucionales. Las entidades —políticas, religiosas o académicas— que vigilan las colecciones bibliográficas se presentan con un *ethos* de permeabilidad democrática al resto de la comunidad cuando permiten que el ciudadano pueda ser usuario de las mismas. Sin embargo, no tenemos que olvidar que con esta operación también marcan una específica selección canónica de la información de cara a la sociedad a la cual interpelan. Acaban, así, prescribiendo el marco ideológico que la comunidad debería asimilar. Hablamos de cuál es la selección del patrimonio que los dirigentes de una colectividad consideran que ha de formar parte del legado que reci-

birán las generaciones futuras, de modo que se asegure la continuidad de un paradigma sociocultural. Para el antropólogo Manuel Delgado se suele producir una institucionalización de una clase determinada de patrimonio que interactúa con el lugar donde se deposita. Ambos elementos, el contenido y el continente, se retroalimentan hasta el punto de sacralizarse cuando la población asume que los elementos escogidos son la única memoria común que tiene derecho a formar parte del acervo compartido (Godoy y Poblete, 52).

Ahora bien, aquel a quien han otorgado el beneplácito del acceso a las bibliotecas egregias goza de un estatus singular porque el *ritual de paso* lo integra en el ambiente de una casta selecta. La apertura de puertas le concede la oportunidad de dialogar con los autores y pensadores del pasado; y, además, la posibilidad de establecer relaciones de tú a tú con los miembros de un grupo de elite del cual el usuario pasa a formar parte gracias al permiso de acceso que personalmente se le ha concedido. El usuario abraza una condición especial —sacerdote, escriba, erudito, sabio, investigador, especialista, experto...—, según la relación que cada época estipula que ha de regir la ligazón entre el arquetipo de estudioso y los documentos escritos. No hay más que recordar que la voluntad de alfabetización universal en el mundo occidental y, consiguientemente, la apertura de espacios públicos de lectura es un proceso contemporáneo, que podemos datar a partir de la segunda parte del siglo XIX. Para Delgado esta concepción del espacio comunitario —y, por ende, de las bibliotecas públicas— forma parte del programa socialdemócrata desplegado durante la segunda parte del siglo XX, que persigue una reforma ética del capitalismo que conlleve democratizar ciertos servicios, entre los cuales el acceso a la educación.

Sobre este aspecto, J. F. Mira muestra un talante marcadamente intelectual, que resalta su adscripción a esta estirpe en ciertos artículos ensayísticos en los que explicita este reconocimiento a partir de exponer sus experiencias personales como usuario de algunas bibliotecas emblemáticas. Lo expresa en el fragmento siguiente en el cual describe su estancia en la Biblioteca Vaticana. Sin duda, una institución de referencia ineludible cuando abordamos la conexión entre la autoridad, en este caso religiosa, y los espacios de los libros. La Biblioteca del Vaticano se presenta por la jerarquía católica como una entidad capaz de gestionar unos archivos de gran valor simbólico e intelectual. El escritor valenciano accede a ellos para recabar información para redactar la novela *Borja papa* (1996):

Cada matí, poc després de les vuit, jo arribava a la porta lateral, on els guàrdies suïssos em saludaven amb un “*Buon giorno, professore*”, i llavors entrava als patis interiors, passava pel *cortile Borgia* (els Borja són els únics que tenen un pati, una torre i uns apartaments amb nom propi als palaus apostòlics), i enfilava l’escala cap a la biblioteca (Mira, “Els patis del Vaticà”, párr. 1).

Sobre el tipo de uso que los ciudadanos podemos hacer de las bibliotecas, el hermetismo que acabamos de ejemplificar difiere de las propuestas defendidas por Umberto Eco. El semiólogo italiano se aleja de la pátina de sacralización de la bibliofilia, ya que opta por una dinámica de funcionamiento que posibilite que el usuario se mueva por el espacio de forma mucho más libre, a fin de que la visita al centro se asemeje al ocio y al descubrimiento. Para Eco, estos lugares tienen que potenciar una inserción de las nuevas costumbres sociales vinculadas a la manera de concebir el tiempo libre en nuestro entorno. La movilidad en las diferentes salas de la biblioteca, el acceso sin trabas administrativas a los volúmenes del catálogo, la facilidad para fotocopiar documentos, la comunicación libre entre las zonas de préstamo y la cafetería..., son factores que servirían para revitalizar las bibliotecas y que aportarían más beneficios en la formación cultural de la población que pérdidas por los hipotéticos hurtos o deterioros de libros. Ya vemos qué lejos quedan los códices atados con cadenas a las mesas de los amanuenses de los monasterios medievales sobre los que Umberto Eco tanto había novelado.

Sea como sea, tenemos que tener en cuenta una paradoja apuntada por Foucault: hay bibliotecas con paso libre a cualquiera, pero que únicamente son provechosas para los iniciados porque el contenido de buena parte de los fondos que contienen resulta disuasorio y excluyente para la mayoría de ciudadanos. Nos pueden permitir la ilusión de entrada al lugar físico; no obstante, chocaremos contra la incapacidad de aprehender la información que se deposita. De resultas, la acción física de entrar en estos edificios solo demuestra la exclusión que experimentamos en su interior. Un espacio *otro*, una heterotopía que con su impostura niega aquello que parece ofrecer.

5. Conclusiones

Los principios heterotópicos de Foucault nos han conducido a observar el magnetismo que los espacios de los libros conservan por el hecho de albergar discursos que se ubican en una esfera que los proyecta

más allá de los márgenes de una época, cualidad que otorga un aura de eternidad a unos lugares constreñidos paradójicamente por sus límites arquitectónicos. La concepción del espacio de la biblioteca como una noción que se desdobra en diferentes dimensiones permite resaltar la fuerza simbólica de unos lugares que se sobreponen al simple espacio percibido e incluso a los intereses de determinadas actuaciones ideológicas. Los discursos artísticos generados, tanto por los libros como por los mismos espacios que los albergan, activan una simbología que revitaliza el imaginario de estos lugares de representación.

La biblioteca se convierte en un espacio que, por la multiplicidad de dimensiones interpretativas que acoge, nos permite examinar las conexiones entre el poder, el saber y la sociedad en cada periodo histórico; por ejemplo, analizando las estrategias con las que las instituciones normativas materializan su presencia en el espacio público. Las condiciones de acceso y los protocolos de uso también indican los criterios ideológicos y estéticos desde los cuales se gestionan los archivos patrimoniales de la colectividad.

Obras citadas

- Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela*. Taurus, 1989.
- Borges, Jorge Luis. *Narraciones*. Cátedra, 2005.
- Canfora, Luciano. *La biblioteca desaparecida*. Trea Letras, 1990.
- Delgado, Manuel. *El espacio público como ideología*. La Catarata, 2011.
- García Alonso, María. “Los territorios de los otros: memoria y heterotopía,” *Cuicilco*, no. 61, 2014, pp. 333-352.
- Godoy, Marcelo M. y Francisca Poblete. “Manuel Delgado: Sobre antropología, patrimonio y espacio público,” *Revista austral de Ciencias Sociales*, no. 10, 2006, pp. 49-66.
- Eco, Umberto. *De bibliotheca*. L’Échoppe, 1986.
- Foucault, Michel. “Des espaces autres,” *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5, 1984, 464-49.
- Lefebvre, Henry. *La production de l’espace social*. Anthropos, 1974.
- Mira, Joan Francesc. “Els patis del Vaticà,” *Quadern El País Comunitat Valenciana*, 17 Oct. 2012. <https://elpais.com/ccaa/2012/10/17/quadern/1350498986_503810.html>.

Mira, Joan Francesc. “Llibres,” *Quadern El País Comunitat Valenciana*, 29 Ene. 2015. <<http://www.joanfmira.info/articles/index.php?id=662>>.

Serra, Sergi. *L'assaig seriat de Joan F. Mira: anàlisi pragmaestilística i virtualitats per a l'educació discursiva*. Tesis doctoral, Universitat Jaume I, 2017. <<http://dx.doi.org/10.6035/14011.2017.2983>>.